



EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells. Mayor 24, Madrid y
Provincias, corresponsales de la casa de Sarceda.

SEGUNDA ÉPOCA.

La correspondencia y reclamaciones se dirigen á
D. LIBERATO MONTELLS Y GARCIA, administrador de
este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 15 de Diciembre.

El Eco de Cartagena

BENDICION DE LA ANTIGUA IGLESIA CATEDRAL DE CARTAGENA.

En este día debéis acercaros los que os preciáis de buenos católicos y bajo el doble punto de vista histórico religioso me ayudareis á desarrollar algunas ideas, adunando nuestros esfuerzos, para contemplar en indecibles éxtasis esa cadena de siglos, cuyos eslabones se pierden en la noche oscura de remotos tiempos. El acto á que me refiero no es para mí menos que un valor extrínseco muy superior á los encomios que pueda darle mi mal cortada y vacilante pluma; mas, siguiendo el ejemplo que nos dió el ilustre orador en su sabio é inspirado discurso que pronunciara en él, me será hecho decir algo de lo que fuimos testigos. El acto era grande y digno; el asentimiento unánime y el orador no podía añadirle nuevos quilates ni hacerlo más interesante y laudable. Todo estaba hecho con solo enunciar el objeto que lo motivaba.

Al leer la historia de Tito Livio, ó arenga de Scipion, que llama esta ciudad, «*quam pulcherrima et locupletissima*» muy rica y opulentísima; al ver esos montes que encierra dentro de sus muros, que nos recuerdan la ciudad eterna de las siete colinas; al contemplar los simientos de esa antigua catedral; la cara de los cuatro santos, hijos de Cartagena, que yace contigua, y el plano todo, de la ciudad de Asdrubal, no podemos menos de preguntarnos: ¿qué ha sido en otro tiempo? ¿Cuáles eran sus calles, sus paseos, sus templos y moradas de los que la habitaban!...

En medio de esa cadena de siglos que debió romperse en la vetusta tradición, parece levantarse un himno de amor y gratitud á lo religioso para darle mas importancia y poesía. Después que la vista se ha estasiado en contemplar desde una altura el

delicioso panorama de la naturaleza bajo el trasparente azul del firmamento; la tersa y límpida superficie de las aguas en que se dibujan como en claro espejo un bosque de mástiles de las embarcaciones del seguro puerto; al pisar las primeras gradas de ese modesto y antiguo templo, el alma se siente elevada y llena de un profundo respecto hácia Dios.

Es verdad que no podemos aplicar aquí aquella sentencia que tanto eleva la de los Césares. «*Quanta Roma fuit, ipsa ruina docet*» (Nos muestra su ruina cuánta fué su grandeza.) pero ese templo antiquísimo, cuya arquitectura apenas puede determinarse en la de un severo toscano, no impresiona ménos el alma piadosa de lo que pudieron interesar á Constantino Volney las ruinas de Palmira, cuando el coloso árabe le vió sentado á la sombra de sus millarias, interrogando á remotos siglos. Ni ofrecen ménos campo á la imaginación investigadora, que la infeliz Ninive, Herculano y Pompeya; ni el gran Palenque de Chiapas en el Nuevo mundo, que llenó de asombro al sábio Dupaix al descubrir vestigios de una generacion muy civilizada que pereció, aun en la memoria de los siglos que le han sucedido.

Si entráis en ese templo, no busquéis en él columnas de pórfido, ni obeliscos, ni delubros ni sarcófagos ni retablos, ni arabescos, ni soberbia arquitectura. Dos intercolumnios de la nave del centro y una lateral forman el oratorio; la otra mitad se halla desmantelada y en completa ruina. ¿Cómo, pues, el alma se conmueve al entrar en él y se llena de un sentimiento religioso?... Un numeroso concurso llenaba el recinto desde las primeras horas; el excelentísimo Ayuntamiento en corporación presidía el acto religioso, y después de la bendición del himno de alabanza y gratitud al Dios de las magestades, se cantó la misa y ocupó la tribuna el Sr. D. José Rizo, que, en un rasgo de inspiración, empezó el discurso del modo que va indicado.

No podemos considerarlo como una obra premeditada, de cadencia armoniosa, y de corrección florida,

como los modelos que nos presenta la oratoria clásica de Massillon y Bossuet; pero él mismo se justifica en el exordio, y atenderemos al pensamiento más que á la material estructura de algunas frases, por si hubiesen sido mal interpretadas. El orador nos dirige la palabra desde aquella cátedra en que habían predicado más de mil trescientos años antes los ilustres santos y prebostes San Basilio y San Fulgencio. Un eterno silencio precede á la cadena de siglos que nos preceden, y no puede la historia alcanzar su origen. La columna pretoriana que sostiene uno de los arcos, que está ante su vista, desde donde el soberbio preboste pronunciara acaso la sentencia que condenaba á los mártires: otra columna que también se conserva, que sería, sin duda, la destinada para el suplicio, le ofrecen la antítesis, si no un paralelo, á la conducta y poca fé de los católicos que hoy se avergüenzan de practicar los preceptos que Dios y la Iglesia les ha prescrito. Si el malvado, dice, se cubre con la máscara de la hipocresía para obrar el mal, pase en buen hora que no quiera unir al crimen que comete el del escándalo, pero el que se oculta y se avergüenza de obrar el bien, no puede justificarse; que aquellos mártires ante el fuego y el petro se desmayasen y procuraran ocultar su fe religiosa, no probarían mas que no habían nacido para ser los héroes y gloriosas víctimas del encono é impiedad de sus verdugos, pero que los católicos, por una sonrisa pueril y una censura insensata, se ocultaran y retrajeran de los actos religiosos, no probaba ninguna fé, ni hallaba razón que justificara su débil conducta. Tal vez aquella voz era la misma que en remotos siglos había hablado con ménos motivo á generaciones que nos han precedido. Ese templo glorioso por su historia, que por algunos siglos ha merecido de pender exclusivamente del Primado de la Iglesia, la fé de los mártires que nos recuerda la santidad y la ciencia de los santos y prebostes que ha tenido; el amor á las antigüedades y á todo lo que se refiere á las gloriosas conquistas y al pro-

greso de la inteligencia en sus varias manifestaciones, todo parecía edificar el alma y elevarla al Dios que adoran y cantan los ángeles en la eterna mansion de los escogidos.

Esas bóvedas que han oído mil veces el aceto pladoso de los antiguos y verdaderos cristianos, esos muros de piedra berroqueña enmohecidos y casi arruinados por la injuria del tiempo; testigos á veces de las galeras impías que amedanzaban, ó de los cruzados que las perseguían, ó de aquellos, que estando en peligro, en alas de su más acendrada fé dirigian al Dios que allí se adoraba una plegaria, para implorar su auxilio, nos hace creer que también hoy bendecirá el Altísimo al pueblo y á su digno municipio, que con un celo religioso, no ha perdonado medio para conservar á la posteridad ese monumento que es, sin duda el más bello florón de su historia.

E. Comellas.

MISCELÁNEA.

La combustión espontánea del carbon de piedra encerrado en los depósitos de los buques que navegan por los trópicos, origina un gran peligro para la navegación en dicha zona, habiendo ofrecido el gobierno inglés un premio al inventor de un medio destinado á prevenir el peligro.

Se ha aconsejado cerrar herméticamente y evitar la ventilación de los depósitos mientras que los buques, por el contrario recomiendan la ventilación frecuente para evitar el desarrollo del vapor, pero no hay hasta hora suficientes datos para apreciar la ventaja que puede tener un sistema sobre el otro. En San Francisco se ha inventado un termómetro neumático destinado á acusar un elevación notable de temperatura en las carboneras, con lo cual se pueden tomar precauciones antes de que se declare la combustión.

Consiste el aparato en un cilindro de cobre cerrado hermética-